

Francisco Espínola

Carlitos en Jerusalén



Guillermo Fernández

Cal y Canto



FRANCISCO ESPÍNOLA nació en San José de Mayo el 4 de octubre de 1901 en una familia criolla de tradición blanca. Era muy joven cuando decidió su vocación por la literatura. En 1926 salen los cuentos de *Raza ciega*, su primer libro, que fue saludado como una renovación del nativismo. Eran tiempos de vanguardia y Espínola combinó la nueva sensibilidad con la tradición rural en la que inscribió su obra narrativa. En 1933 publicó su novela *Sombras sobre la tierra*, donde pintó por primera vez en nuestras letras el mundo del bajo y de los prostíbulos de pueblo. La novela trajo fama al joven escritor que gozaba ya de cierta celebridad cuando en enero de 1934 participó en el levantamiento contra el golpe de estado de Gabriel Terra. Desde entonces la literatura y el compromiso político diseñarán su vida.



Guillermo Fernández

Francisco Espínola



CARLITOS EN JERUSALÉN

Prólogo de Mercedes Espínola

Epílogo: Chaplín según F. E.

Cal y Canto

00040



EN JERUSALÉN CARLITOS

© Cal y Canto

Blanes 1117/103 - Tel. 419 66 78

Distribuye Gussi

Yaro 1119 - Tel. 413 61 95

Montevideo - Uruguay

ISBN: 9974-54-041-0

Ilustraciones de Guillermo Fernández

Primera edición

PRÓLOGO

Al fin Carlitos saldrá a caminar por Montevideo, una Biblia bajo el brazo.

Podrá por ejemplo escaparse de un estante, así como al descuido, tras algún chiquilín que vende caramelos, para recomendarle aquellos con los que él se lució en Jerusalén.

Me gustaría creer que desde algún lado lo estás viendo. Pero no creo en el más allá (lo que a veces es muy triste, dirías tú). Sin embargo, al padre que llevo dentro... con ése sí puedo compartir la alegría de haber llegado a esta etapa tan deseada. Y festejarlo. Y brindar.

Tengo algunos, muy pocos, 'datos' en mi memoria. Este guión fue escrito para mandárselo a Charles Chaplin. No tengo claro si fue un llamado a presentar guiones, o una iniciativa tuya. Tampoco sé por qué no fue enviado. Guardo una cierta versión de que el motivo consistió en que no se terminó de traducir al inglés. En realidad no me parece una versión muy razonable, ya que no estaba terminado de pasar en limpio en español. Ni idea de

fechas. Sólo que era para cine mudo, en blanco y negro, con música, con leyendas (únicamente de los Evangelios), y con algunos de los personajes clásicos de las películas de Chaplín.

Llevo en mí tus últimos tiempos de internación en el sanatorio, en aquel complejo 1973, las largas tenidas cuando durante horas me contabas el guión, otro guión por supuesto, otros múltiples guiones que se fueron por el aire y quedaron en mi memoria afectiva (ojalá fuese anecdótica también). Te recuerdo con nitidez describiendo largamente el tramo de la Última Cena, Carlitos con un repasador al hombro arreglando con esmero el plato correspondiente al sitio donde se sentaría Jesús. Desde un sillón de aquella sala, con apenas algunos gestos, pequeños gestos esenciales, recreabas, dabas vida a Carlitos entero, todo él tiñendo de humanidad, desde la sonrisa a la risa franca, un mundo bueno.

“No hay que hacer-como Jesús, hay que ser Jesús” te oí decir muchas veces.

*¿Este tu Carlitos se mete en la celda para ser?
¿Para “correr su misma suerte”, como lo formulara el Che? Sea como sea, me permito esa lectura. Con el estremecimiento de los tres cantos del gallo perdurando en el final...*

“Se escuchan golpes de martillos sobre maderos. Carlitos y la Joven se llevan las manos a los oídos...” Es Jesús el crucificado a través de Carlitos y en Carlitos. Que aplaude las tormentas y los rayos que pueden impedirlo. Y vuelve a aplaudir. A contramano.

Carlitos podría pensar “qué lástima...”, podría ofrecer la yegua aunque ella no estuviera, podría levantar enérgico su bastón para apoyar aquel “suelen las fuerzas de amor sacar de quicio a las almas” que cantaba el Quijote con una vihuela y al que tantas veces hacías referencia.

Con Carlitos salís vos, viejo; con Quijote y Sancho y tantos a quienes nos ofrecieras en carne, hueso y sangre. Cotidianamente: porque desde Van Gogh los molinos ya no están pero “el viento sopla todavía”. Y porque aún soplando todavía nos sigue recomendando “encuentra bello todo lo que puedas”, “es bueno amar tanto como se pueda”, “y lo que se hace por amor está bien hecho”. “Aunque esté mal”, completarías tú.

Fue un placer, viejo, trabajar con tus originales. Los que gracias a mamá se mantuvieron a salvo de malos vientos. Con la primera parte pasada a máquina creo que por Carlitos (el otro, claro, mi herma-

no), quien también tanto quería a este Carlitos, y con quien también brindo por éste su echarse a andar. Fue un placer compartir con mi hijo Fernando el último tramo de comparar las versiones de Ana Inés y mía, y escucharlo decir “esta palabra así no es”, ir al original y que no fuera. Contar con la buena disposición de mi hijo Andrés, aunque no se concretara.

Quedará para los que saben de literatura y para los que saben de cine analizarlo desde esas perspectivas.

Yo hoy, contenta, te digo: ¿Y si con su levita y su bastón, Carlitos encontrara a Rocinante y entrelazando sueños, cabalgaran soñando y con sus sueños, siguieran enseñándonos a vivir?, ¿qué te parece?

Mecha

Carlitos en

Jerusalem

1

En alta rama florida canta un pajarillo. Cada trino es contestado desde abajo por exagerados silbidos. Es Carlitos, todavía invisible al pie del árbol, que con arrogancia está provocando como una competencia de gorjeos. En respuesta al tercero o cuarto de los silbos verdaderos, sube hacia la rama tal despliegue de poderosos arpegios y escalas que el pájaro huye asustado. La rama sube y baja ampliamente un instante, en primer plano. Luego la cámara va descendiendo por el tronco hasta tomar medio cuerpo de Carlitos, que inquiere en el cielo, desolado.

2

De cuerpo entero, ahora, en la misma actitud. En la mano tiene una pala de cavar. Brusco gesto de desdén. Reinicia su trabajo, abstraído, repitiendo, apenas audibles, sus gorjeos. Detrás de él se percibe la zanja, como un desagüe muy poco profundo, que está haciendo. Su trazo es en zig-zag arbitrario. La causa de esa irregularidad se descubre cuando, al ir a hundir la pala, Carlitos se contiene y elige otro sitio, pues

había flores allí. Vuelca la tierra. La situación se repite... Troncha con extrema delicadeza una flor, la huele, se la pone en el ojal. Nuevos silbos apagados. Al disponerse a seguir cavando advierte algo, a la distancia. El pie apoyado en la pala, observa.

3

Una cabaña. Al pie de la breve escalinata, un viejo matrimonio –los granjeros patronos de Carlitos–, conversa con el clásico Artista de las películas de Chaplin. Bajo, ventrudo, de bigotes retorcidos y barba; de amplios ademanes afectados. Señalan los tres hacia el sitio del reciente duelo de trinos. Con la palma de la mano el Pintor indica, como interrogando, cierta altura del suelo –la alzada de un pollino–. Muestras de afirmación en los ancianos. Ahora señala dimensión de orejas. Nuevas afirmaciones. Entonces los tres se adelantan por el prado como hacia el sitio de Carlitos.

4

Sobresaltado, éste vuelve a su tarea. Frenético, ahora, cava a toda velocidad sin reparar en el destrozo de

las flores. Cuando presume que ya están próximos, observa con sigilo.

5

En el grupo que avanza se destaca el Pintor por sus gestos y ademanes.

6

Carlitos lleva la pala a la mano izquierda. Se mira la palma de la derecha, se la pasa repetidamente por el pantalón, observándola cada vez. Se arregla la corbata y adopta la actitud de recibir a alguien.

7

Los otros pasan sin reparar en él. Llegan a donde, entre arbustillos, paca un pollino. Se detienen ya a corta distancia. El Pintor retrocede un paso. Extendiendo el brazo, atiesa el pulgar, y con él ya vertical, ya horizontal, estudia al animalillo. Felicita al Patrón estrechándole efusivamente la mano. Saca billetes de su cartera. Ha contratado al burrito. Quiere que le

pose para un cuadro. Saca su reloj. Al día siguiente, exactamente a esa hora, deberá ser llevado a su atelier. Se descubre. Saluda. Se aleja con aire importante.

8

Los patrones se acercan a Carlitos que, disimulando que lo observaba todo, se ha puesto a cavar con ahínco. Lo enteran del asunto. El Patrón quiere ajustar la hora. Saca su reloj. Con ademán de suficiencia Carlitos saca el suyo. Dificultosamente abre la primera tapa. El Patrón se inclina medio cegatón sobre el reloj. Con sonrisa de suficiencia Carlitos le dice que debe aguardar. También trabajosamente consigue, al fin, abrir la segunda tapa. Sólo un minúsculo trozo de una de las agujas le ha quedado al reloj. Carlitos da cuerda, gravemente. El Patrón patea el suelo, frenético. Interviene la esposa con la solución. Se dirigen los tres al alto árbol de los trinos. Observan la sombra que proyecta en el suelo. La Vieja pone allí una piedra y, con extremada minuciosidad, la orienta de modo que una de sus prominencias quede en el límite exacto de la sombra. Después de nuevas recomendaciones los patrones se alejan.

9

Carlitos se ha quedado solo, el reloj inadvertidamente todavía en la mano. Observa el árbol con aire estupefacto que va transmutándose en admiración. Percibe entonces que aún conserva el reloj en la mano. Lo mira con desdén y lo arroja lejos. Pero corre, lo recoge. Y al ir a guardarlo en el habitual bolsillo del chaleco, se arrepiente y lo hunde en el trasero del pantalón. Toma la pala. Reinicia su tarea susurrando silbidos.

10

Sentado en el suelo junto a la piedra, Carlitos observa con gran seriedad el acercarse de la sombra. A su lado, enfrenado ya, el burrito. De pronto, gesticulante porque cree que hay retraso, llega el Amo. Saca el reloj, golpeando con el dedo su esfera. Carlitos, con aplomo, le muestra la piedra a donde todavía no llega la sombra. El Amo ajusta, entonces, sus agujas. Y quedan a la expectativa: el Amo, con los ojos fijos en su reloj; Carlitos, la mirada clavada en la piedra. De pronto Carlitos extiende la mano, intercepta la luz, se contempla la palma como si en ella tuviese el reloj. ¡Por fin la hora! Se lleva la mano al bolsillo del

chaleco como para guardar lo que ya no tiene en ella. Se sonríe falsamente, disimulando su error... Gravemente se ponen en movimiento por el prado. Delante, Carlitos con las riendas del burrito; detrás, el Amo, que va incitando al animalillo.

11

En la puerta del cercado, el Amo los deja y se sienta en un banco que da a la calleja. El burrito se empaca. A cada vez que Carlitos lo quiere hacer adelantar, retrocede. Cuánto más tira Carlitos hacia sí, más el otro va para atrás. Se adelanta el Viejo, hace dar media vuelta al burrito y vuelve a su asiento. Y así, atrayendo Carlitos al burrito en dirección contraria a la debida, no sin antes sacar el sombrero al Amo, avanzan rápidamente hacia la casa del Pintor.

12

El Pintor los hace entrar. Su aire es adusto y afiebrado. Próximos al caballete, cuya tela ya está adelantada en partes, se hallan dispuestos los modelos con expresión todavía natural en los rostros: uno, de indiferencia; otro, un negro medio ahogado entre el suntuoso

ropaje, de aburrimiento; otro, feroz. Representan a los tres Reyes Magos. También está la Virgen María junto a un pequeño pesebre en que hay un niño sentado y curioso. Hay también un buey. Carlitos, junto a su asno, contempla estupefacto el grupo. El Pintor ubica al burrito. Retrocede. Observa. Modifica la posición varias veces, mientras el niño intenta salirse del pesebre hacia el burrito. Disimuladamente, la Madre lo contiene con un pellizco. Bien colocado ya el asno, el Pintor hace un ademán enérgico para que la madre acueste al niño. Vuelve a instalarse ante su caballete, un trozo de carbón en mano y el aspecto siempre adusto y como afiebrado. La cámara otra vez enfoca los rostros de los modelos, cuya expresión, la ya señalada, es tan poco adecuada a la situación. Al pintor le sucede algo que no sabe bien qué es. De pronto, actitud de que lo descubre. Se dirige resueltamente a un rincón. Hay un pasadiscos. Pone un disco. Se escucha el Preludio N° 7 de Chopin (o algo semejante: sencillo, de conocimiento universal y encantador). Su cara se ilumina. El éxtasis transmuta también las facciones de los modelos. Carlitos, separado del grupo, adopta la expresión del candor enfrentando una puerta misteriosa que, sobrecogedoramente, empezara a entreabrirse.

De nuevo ante su caballete, el aire inspirado, poniendo de vez en vez el tieso pulgar ya vertical ya horizontal con el brazo estirado hacia el grupo en deteni-

do arrobo, el Pintor hace con su carbón prodigios de destreza. Trabaja en el diseño del pollino, el cual le queda de frente. Carlitos, irresistiblemente, se va acercando al grupo. Queda junto a su compañero. El Pintor trabaja con fiebre. Observa apenas, de cuando en cuando, un instante, el modelo, sumergido en su sueño creador. Ahora, dibujando las patas delanteras del burrito, comienza a situarles al lado unas líneas que no corresponden. Frunce enérgicamente el ceño, perplejo. En vez de mirar al modelo, acerca más la cara al cuadro. En esta posición, hace un breve trazo, hace otro con creciente desasosiego y, al fin, siempre sin mirar al modelo, como si el misterio a develar estuviese en la propia tela, se decide y sigue con líneas hacia abajo. Lo que va apareciendo lo pasma crecientemente. Se interrumpe con estupefacción. Sigue nerviosamente. Cuando un zapato empieza a tomar forma se echa atrás, escandalizado: ha agregado al asno la pierna de Carlitos. Recién entonces mira a éste y, furioso, lo hace retirar, mientras uno de los modelos, colocado de perfil, sin dejar disipar su arrobada sonrisa, inquiere curiosamente con un ojo. El Pintor borra el error. Su pulgar ya se yergue de nuevo, estirado el brazo...

13

El pintor está fatigadísimo. Se enjuga el rostro y el cuello con el pañuelo. Retira el disco del aparato. Ha terminado la sesión. Mientras detrás de los biombos los modelos se desvisten, Carlitos y su pollino regresan.

14

Van lentamente, Carlitos muy ensimismado, por el camino. Los pasan y se les adelantan la Mujer con el niño, del brazo de uno de los modelos. Al quedar frente a la cabeza del burrito, le sonrían cariñosamente, como colegas. Pero a Carlitos apenas si lo saludan con fría urbanidad.

15

Pasan ahora, repitiendo las situaciones, los otros dos modelos. Metros más adelante, se detienen observando algo lejano. Discuten. El brazo del de cara feroz se adelanta con el tieso pulgar ya horizontal ya vertical... Cuando Carlitos y su pollino vuelven a alcanzarlos y, a su vez, se les adelantan, ellos quedan en un frenético juego de pulgares, discutiendo con pasión.

En la granja, junto al gran árbol. Carlitos quita el freno en actitud de íntima vinculación con el burrito. Intenta acariciarle el cuello, pero el pollino se le va al trote, indiferente... Expresión desolada de Carlitos. Solo, ahora, saca con afectada distinción, pero melancólicamente, el pañuelo; se enjuga el rostro, el cuello. Al guardarlo, la prenda cae al suelo. Se ve la zigzagueante zanja en que ha estado trabajando. Hay florecillas. Hay una marcha de hormigas en fila india. Carlitos las aplasta con los pies, frenético, en largo trecho. Vuelve. Recoge el pañuelo. En primer plano la mano con el pañuelo. Es el momento en que Carlitos empieza a tararear pianísimamente el Preludio de Chopin. Se equivoca ostensiblemente. Trata de recordarlo... Guarda el pañuelo como a cosa inútil. Camina. En la altura, ya la luna. La cámara lo toma de atrás. Es la soledad en toda su desolación lo que lo abruma. Sin embargo, se empeña en retener el Preludio. La cara, ahora en primeros planos, evidencia las satisfacciones, las contrariedades, las agradables sorpresas, las alarmas que su espíritu experimenta ante el canturreo en que se desenvuelve tan trabajosamente el Preludio... Llega a la casa del patrón. Se detiene frente a un aljibe. Saca un balde de agua con gran soltura y llena un recipiente con el que sigue la marcha.

Por una escalerilla situada detrás de la casa del Patrón Carlitos sube hacia su buhardilla. Deja el balde en el suelo. Enciende un fósforo. Encima de la mesita, una pala. Pegada con ésta, una vela. En el momento de ponerla en contacto con el fósforo, Carlitos hace leve giro como si moviese una llave de luz eléctrica. Se evidencia el resto de la habitación: una ventanita, cama, trípode de hierro con su palangana, sillas, una alacena, un biombo, una ordenada pila de cajas que posteriormene serán sugeridas en otro lugar, herramientas de trabajo, martillo, grandes clavos... Una escalerilla interior da acceso al techo. Carlitos coge delicadamente por el medio del mango de la pala, y sitúa la vela de modo que ilumine el sitio de la pared donde un clavo le permite colgar el bastón. Y, en otro, la galera... Sobre destartada silla deposita su jaquet. De la alacena saca una tela que extiende sobre la mesa. Allí sitúa la absurda palmaria. Después deposita un cubierto, un plato grande y otro pequeño; asimismo una copa y una copita. Retira de la alacena una botella de champagne vacía y la llena con agua del balde antes de colocarla sobre la mesa. Después saca una botella también vacía de whisky, la mira al través, le echa un poco de agua y la pone junto a la otra. Del cajón de la mesa retira pan y sal-

chichón que corta en pequeños trozos y deposita en el pequeño plato. Va hacia su jaquet, de uno de sus bolsillos extrae varias colillas de las que escoge la más larga, enciende y se dispone con displicencia a tomar el aperitivo. Al primer trago se le producen por dos veces cinco secos golpes de tos con el ritmo de las primeras notas del Preludio No. 5. En seguida, en forma muy marcada, tararea a Chopin... Y se queda bruscamente absorto.

18

Carlitos ante la vidriera de una casa de compraventa. Penetra en el interior. En el trayecto, que no debe ser muy breve para evidenciar el atiborramiento de cosas, topa con un maniquí femenino bellamente vestido y queda en arrobada contemplación. Al caérsele el bastón, se repone, lo recoge, cambia de dirección, y se asusta al toparse con una imponente armadura empuñadora de gran lanza. Retrocede... El dueño le sale al encuentro. Carlitos disimula su interés. Recorre un trecho con el dueño, observando los más heterogéneos objetos, sin dejar por eso de arrojar al maniquí muy furtivamente miradas de embeleso. Al fin revela su propósito. Necesita una Biblia. El dueño intenta en vano disimular su satis-

facción.. Precisamente lo que tiene más es Biblias. Lo va conduciendo frente a estanterías, a pilas en el suelo, a cajones: todo de Biblias. Carlitos no sabe de dónde retirar la suya. Toma una, le sopla el polvo y le pasa el pañuelo. Saca gravemente su vieja billetera. No tiene nada dentro. Sin perder su gravedad, la guarda. Extrae varias monedas del bolsillo del chaleco y escoge la más pequeña. El dueño le entrega el volumen, y lo felicita por sus propósitos edificantes, entre expresiones de Carlitos ya entregado a la situación.

19

El banco ante la entrada de la granja. Carlitos llega, su Biblia bajo el brazo, en actitud profesoral. Se sienta, de un bolsillo interior, saca un estuche. Extrae sus lentes que, por la manera de cogerlos evidencian no tener vidrios. Se los pone. Un poco distraídamente, abre el volumen por las últimas páginas. Fija la vista. Sin sacar los ojos, evidencia tal espanto, que la galería se le alza en la cabeza. Hojea de adelante hacia atrás, deteniéndose por momentos a fin de leer con atención mayor, volviendo a hojear entre expresiones fisionómicas variadas: amargura, alegría, piedad, asombro. Saca el pañuelo. Se enjuga los ojos sin sa-

carse los lentes. Vuelve a leer. Se muerde los labios...

LEYENDA: "*Los últimos serán los primeros...*"

Después, pasando ansiosamente, sin leer, siempre hacia atrás, varias páginas, se enfrasca con beatitud en la lectura.

LEYENDA: "...*he aquí que Magos vinieron del Oriente...*" (Mateo, II-1)

Carlitos saca un trocito de lápiz y anota algo al margen. Posa el lápiz en la oreja...

LEYENDA: "*Y entrando en la casa hallaron al niño con su madre, y postrándose, le adoraron, y abriendo sus tesoros, les ofrecieron dones, oro, incienso, mirra.*" (Mateo, II-11)

Carlitos vuelve a marcar con el lápiz. Y al ir a ponerlo en la oreja, lo vuelve otra vez sobre la página... Durante esta escena la galera debe alzarse de la cabeza, en ocasiones.



20

De pronto, por el camino aparece corriendo, envuelto en nubes de polvo, un alto y flaco viejo de galera, jaquet y bastón, muy asustado. Es que lleva un perrito prendido de los faldones. Al pasar ante Carlitos, éste enlaza al perro con su bastón. El perrito le hace frente, colérico. Carlitos adelanta el pie, lo planta en tierra con actitud desafiante. El perro huye, asustadísimo. La inercia de la carrera aleja todavía muchos metros al Viejo, que hace esfuerzos desesperados por detenerse, hasta llevándose las manos a las inexorables piernas. Cuando lo consigue, se dirige a Carlitos ya dispuesto a reiniciar la lectura, lápiz en mano.

21

El Viejo felicita calurosamente a Carlitos por su valentía. Carlitos, que ha recogido una hoja del suelo para ponerla de señal en su libro, fingiendo modestia, acepta y se quita los lentes. El Viejo saca su billetera para gratificarlo. Carlitos, sin mucha convicción, se resiste a aceptar, aunque muy tentado por los billetes, a los que, con disimulo no pierde de vista. Cuando el otro, al fin, guarda la billetera, Carlitos

queda desolado. Sin embargo, el Viejo no desiste de su propósito. Lo entera de que él es un gran sabio en Ciencias Ocultas y que está firmemente empeñado, ahora más, dado el desprendimiento de Carlitos, en que le acepte algo; y que ese algo sea importante. Para ello es preciso que lo acompañe a su casa, pues sólo allí puede ser dueño de los poderes sobrenaturales. Carlitos se repone en seguida de su deprimente estado de ánimo. Y de muy buen grado se pone en marcha. Por encima del cercado surge la cabeza del burrito. Pero Carlitos no lo ve, pues va de espaldas.

22

Trayecto hacia la casa del Viejo Mago. A hurtadillas, Carlitos observa inquisidoramente a su acompañante. ¿Qué es lo que ha de pedir al Viejo? Ni galera, ni levita, ni zapatos. Con disimulo, atrae la atención del Viejo sobre su bastoncito. El Viejo se detiene y expone el suyo, de gruesa empuñadura. Carlitos lo coge, observa el mango, que es lo que deseaba. Continúa la marcha entre solemnes ademanes del viejo. Carlitos lleva atrás la mano y con sigilo palpa la levita del otro, cerciorándose de la calidad de la tela. Le pregunta la hora y se empina sobre el reloj. De pronto su mirada queda fija, como ausente. Su caminar es ya de autó-

mata. Su expresión es la de aquel a quien le acaba de nacer un maravilloso sueño más que imposible...

23

Absurda habitación. Cosas en desorden. Mesillas, soportes, retortas, matraces, una calavera, una lechuza embalsamada, objetos llenos de polvo... Carlitos, sumergido en su ansia, entra como extraño a todo. El viejo se quita galera y levita y se pone una especie de larga túnica de amplias mangas, poblada de signos zodiacales que también adornan el largo bonete que se encasqueta. Carlitos permanece con la mirada ausente. El Viejo le toca el hombro con su varita mágica y lo desensimisma. Que pida, que pida hasta lo más difícil de lograr, le dice con confiada suficiencia. Carlitos saca el pañuelo, se enjuga el rostro y el cuello. El otro insiste. Carlitos, cerrados los ojos, gacha la cabeza, rígido, pide hallarse en Jerusalén en la época de Jesús. Y su mentón se le hunde más en el pecho... Plena sonrisa en el Viejo. Se torna. Toma asiento ante una mesa y consulta enorme libro. Al volverse, siempre sonriente, a incorporar, se pisa la túnica y se va sobre Carlitos quien, perdiendo la galera, lo sostiene con mucha dificultad, haciendo poderosos esfuer-

zos por no caer él también. Ahora el Viejo conduce a Carlitos hacia una destartalada butaca y lo hace sentar. Carlitos se ha recobrado plenamente y es ya dueño de la situación. Se arrellana cómodamente. Mira y sonrío a la lechuza embalsamada que percibe a su lado. Vuelve a mira y a sonreír. Luego, inquieto, toma la lechuza, la hace girar 90 grados. Saca del bolsillo la colilla de un puro y, al ir a llevárselo a la boca, observa su tamaño. Lo guarda y saca otro y otro, comparándolos. Escoge el más largo... (¡El viaje ha de durar mucho!) Lo enciende muy ufano... Pero se sobresalta. Se abalanza hacia un rincón para recoger un diario del suelo. Vuelve a sentarse poniéndose en actitud de leer. El polvo que el diario ha levantado, el humo del cigarro lo envuelven hasta hacerlo desaparecer. Surge su mano, como despidiéndose...

24

Paisaje exótico y rocoso. Con aire de estupor Carlitos avanza, el paso muy cauteloso, por el sendero de un campo. Al acercarse a una casa aspira repetidas veces con extrañeza, como tomando olor a algo que no se explica qué es. Frente ya a una ventana vuelve a aspirar, ahora en éxtasis. Se inmoviliza, cerrados

los ojos. Traga abundante saliva. Mira al interior. Saluda. Sonríe, melosamente. Entabla un diálogo con ostensibles ademanes y grandes sonrisas.

25

Gran cocina. El Cocinero, vestido de época, pero con el clásico alto gorro blanco. Ollas, fuentes, cucharones, etcétera. Carlitos, asomado medio cuerpo hacia el interior, hace señas inocentemente picarescas a una cosa y otra cosa, sobre todo hacia las ollas... De pronto saluda y se precipita adentro.

26

El Cocinero le ofrece comida. Resistencia cortés de Carlitos. Accede. Toma asiento ante una mesita. La mano izquierda tendida y pegada al cuello a guisa de servilleta, prueba el plato de guisantes, cierra los ojos, extático... Se levanta y felicita calurosamente al Cocinero. Vuelve a su asiento. Come con gula. De pronto se interrumpe y queda en actitud de contemplar algo que lo conmueve. Ahora el tenedor baja y sube a la boca, pero no lleva nada, aunque a Carlitos se le hincha una mejilla, y mastica y hace como quien pasa

el bolo al lado opuesto, cuya mejilla también se abulta; deglute... Es que una bellísima jovencita, la hija del cocinero, ha entrado. Viste simple traje más o menos de época. Como sin despertar plenamente de un sueño, Carlitos, con la mano derecha toma la izquierda y se enjuga delicadamente los labios. Luego, sin soltarla, se la lleva a introducirla en el bolsillo. Se incorpora. El Cocinero le presenta a su hija quien, a pesar de su pudoroso azoramiento, lo observa a hurtadillas con simpatía y creciente arrobó. Ha caído la noche, el Cocinero enciende varias palmatorias.

27

El Cocinero toma una de las luces para llevar a Carlitos a la habitación que le destina. Al ir a ponerse en movimiento, Carlitos se agacha como para coger del suelo con cada mano una valija. Se incorpora sonriendo para disimular su error. La Joven se dispone a seguirlos, pero el padre la manda a acostar. Ella obedece trepando contrariada por una escalera dentro de la cocina misma. La sigue la intensa mirada de Carlitos.

28

Extenso jardín lleno de plantas en bastante desorden. Al pie de una escalerita Carlitos y el Cocinero se detienen. La Joven, abriendo una alta ventanita, reaparece y se asoma. Con ademán enérgico el padre ordena que cierre. Carlitos recibe la palmatoria y, mientras el cocinero regresa y cierra la puerta, él se pone en movimiento, absorto. Los primeros pasos los da siempre sobre el mismo escalón. Baja la luz para iluminar el tramo, y lo comprueba. No ha avanzado nada. Inicia el ascenso. De pronto se torna. En la oscuridad se evidencian las rendijas iluminadas de una puerta y una ventanita. Sigue subiendo como a desgano. Otra vez se detiene. Mira hacia atrás. La puerta no se advierte ya. Sólo las rayas luminosas de la ventanita. Bruscamente, todo se envuelve en la oscuridad. Carlitos llega a una pequeña buhardilla.

29

Sillas, una cama, una mesita, objetos modestos. En un clavo de la pared Carlitos cuelga la palmatoria. En otro, el bastón. Inadvertidamente se saca la flor del ojal, la aspira... Abre una ventanita. Va a apagar la luz. Hondamente abstraído, sopla repetidas veces, pero

sin energía. De pronto toma conciencia y aplica tan tremendo soplado que la palmatoria se le va de las manos. La aparta con el pie, se acoda en la ventana... Abajo, a lo lejos, Jerusalén duerme iluminada por la luna. Estupor y arrobó, a la vez, en la expresión de Carlitos. Con el pañuelo se enjuga la frente, el cuello, el cabello... Luego, muy lentamente, cierra la ventana. En la habitación en tinieblas aparece una línea de delgados hilos de luz lunar filtrados por agujeritos del techo. Carlitos retrocede hasta hallar apoyo en la pared. Se adelanta como sonámbulo, ahora. Vagamente ha comenzado a tararear el Preludio N° 7. Ya junto a los haces luminosos, finge que pulsa uno... Luego, resueltamente los toma de arpa, y el tarareo se hace nítido y fiel. Las variaciones que por momentos introduce son difíciles; debe pegar casi los ojos al encordado. Otras veces, en las notas largas, echa la cabeza atrás, entornados los ojos... para volver enseguida a adelantar la cara y a la ejecución exigente... En un instante en que, como en éxtasis, pulsa sin mirar, debe volver a los difíciles arpegios. Y al abrir los ojos, advierte que los rayos han desaparecido. Corre a la ventanita, la abre, saca la cabeza... y la retira chorreando agua... Una negra nube ha interceptado la luna. Llueve a cántaros.

Es la mañana. En la cama, acostado vestido, la galera sobre la cara, Carlitos duerme. Su cuerpo está de tal modo dispuesto con las frazadas, que parece que en el lecho sólo se hallan ropa y galera. La voz de la Joven llega desde el jardín, llamándolo. La galera se estremece; las ropas se conmueven... Carlitos, bruscamente, queda sentado. Se le cae la galera. Va a encasquetársela cuando se detiene y la arroja sobre el clavo donde estuvo colgada. Advierte que se ha acostado vestido. Con gesto de fastidio se quita los zapatos y los deposita en el suelo; luego el jaquet que, junto con sus pantalones, es posado en una silla. Luego se despereza... Y comienza diligentemente a vestirse. Se pone los pantalones y los zapatos. La lluvia ha dejado un charquito en el suelo. Carlitos se inclina para lavarse las manos allí; pero se incorpora, halla un jarro con agua, se lava, se humedece la frente, las mejillas, los cabellos... Y como no encuentra toalla, se da viento con la galera, palpa para apreciar si se ha secado... vuelve a darse aire... coge a dos manos la galera, ahora, y como si fuese un paño, va a colgarla de un hilo tendido de pared a pared, cuando, contrariado, advierte el equívoco. Se la pone, se pone también el jaquet, toma el bastón... Otro llamado desde el jardín... Al iniciar el descenso adopta una actitud elegantemente desaprensiva.

En el jardín. La Joven está con tres viejecitos a cuyos pies yacen envoltorios, cajas, objetos varios. Con ojos codiciosos uno de los mercaderes trata de tomarle el bastón para justipreciarlo. En la misma actitud, otro, la galera; el tercero le palpa la levita bajo la condescendencia algo inquieta de Carlitos que, al fin, llama al orden enérgicamente. Comienza el intercambio. Cede un boleto de ómnibus por una toalla, un jabón, un peine. Ofrece al mejor postor una pequeña moneda falsa, pues tiene el borde doblado. Se alarma al advertirlo, pero se repone. Y evidencia expreso su flexibilidad, como cualidad más estimable. La canjea por una especie de palanganita. Uno de los mercaderes despliega hermosísima tela. Carlitos mira a la Joven y la sorprende contemplándola con arrobó. Carlitos palpa la tela, palpa la del vestido de la muchacha... Ofrece su trozo de lápiz, cuyas virtudes expone. Negativa. Ofrece el estuche de los lentes; los propios lentes, enseñando su uso. Nada. Entonces, con aire de resignación, saca del bolsillo trasero su viejo reloj. Lo presenta en exposición. En actitudes de prestidigitador, lentamente, como con sigilo, va abriendo cada una de las dos tapas. Los tres mercaderes, y también la Joven, contemplan arrobados la esfera y el inmóvil trozo de minuteró. Carlitos da

cuerda. Ahora lleva el reloj al oído de los otros. Generales expresiones de éxtasis. Carlitos los observa, y les da tiempo a experimentar la emoción. Luego, también él se lleva el reloj al oído. Y también queda en embeleso. Cada mercader ofrece lo mejor que tiene a cambio del codiciado objeto. Carlitos no vacila en optar por la tela. Uno de los no favorecidos pretende el bastón e intenta tomárselo. Carlitos lo amenaza con él. Y poniendo cara de pocos amigos les indica la salida. Al envolver presurosos sus objetos, uno de ellos es detenido por Carlitos. Ha visto una gorrita de bebé. La toma, sonriente. Queda ensimismado, observándola. Vuelve a sonreír. La cambia por un limpia-uñas. La introduce en su puño, la arregla un poco. Observa a la Joven, vuelve a posar los ojos en la gorra. Y permanece inmóvil, mirando por entre las cejas hacia lo alto, como asaltado de pronto por una idea.

32

Bajo un árbol del jardín. Entre canturreos que desde lo muy vago van concretándose en el Preludio N° 7, la cámara enfoca bellísima tela y dos manos, una de las cuales cose con delicadeza suma. Ahora se ve al costurero. Es Carlitos. Sentada a su lado, más que

dichosa, la Joven. Carlitos corta una hebra de hilo con los dientes, se incorpora y extiende el vestido, que debe ser muy sencillo y, si no a la moda, por lo menos sin contrariar el gusto actual a fin de que la Joven quede bella. Se lo entrega imperativamente a la Joven para la prueba. Ésta lo mira azorada. Sonríe Carlitos como ocultando su rubor al comprobar su torpeza. Ella va a ocultarse con el vestido tras las plantas.

33

La boca llena de alfileres, Carlitos en la prueba del traje. Retrocede algunos pasos, observa, adelanta el brazo con el tieso pulgar ya vertical ya horizontal, tal cual vio al Pintor. Se aproxima en breve corrida. Quita de la boca un alfiler...lo fija en algún sitio de la tela. Se sienta y hace caminar a la Joven. Nuevas maniobras. Ahora, con ancha cinta, dispone gracioso lazo en torno a la cintura de la Joven. Se vuelve hacia la mesa, donde hay una hoja de papel en la que ha dibujado el modelo. Saca el lápiz y le agrega el lazo de la cintura, que no había previsto. Confronta, ahora, proyecto y realidad. Se aprueba con un cabeceo...

Mientras la Joven se vuelve a ocultar para ponerse su vestido, Carlitos saca de una caja un muñeco de trapo a medio hacer, pero con la cara ya casi terminada y con la gorrita del mercader encasquetada. Lo mece, lo besa y, al aparecer la Joven con el nuevo vestido en la mano, le entrega el muñeco. Lanza ella exclamaciones de júbilo. Pero Carlitos, alarmadísimo, reclama silencio, hace señas asustantes indicando la cocina, como si fuese de vida o muerte mantener en secreto aquel fruto de un pecado que no han cometido. Guarda el muñeco en su caja. Con sigilo lleva a esconderlo en un rincón del jardín. Luego, el índice de Carlitos sobre sus labios, ante la estupefacción de la Joven, que nada ha comprendido, y que, por lo contrario, luego de urgirlo a terminar el traje se aleja a los saltos, jubilosa, anticipándose el placer de quedar tan bonita. Carlitos queda mirándola desoladamente... Reinicia la costura. En tono casi quejumbroso, apenas musitado, el Preludio N° 7 surge en su canturreo.

35

En la cocina, Carlitos con el Cocinero. Éste, expectante; Carlitos, muy seguro de sí. De pronto Carlitos mira hacia lo alto de la escalerilla interior.

36

En su pequeño cuarto, la Joven, ya de traje nuevo, da los últimos toques al arreglo. Se asoma por la ventana que da a la calle. Vuelve al espejo y a asomarse... Abajo se oyen fuertes palmadas.

37

Es Carlitos, en la cocina, con la vista siempre fija en la escalera, por donde, ahora, va descendiendo, radiante, la Joven. El Cocinero se extasía. Luego, se adelanta a felicitar a Carlitos. Éste, que había quedado todavía más suspenso que el padre, sale como de lejano sueño y acepta los elogios entre alardes de modestia. Después, clava candorosa, hondamente los ojos en la Joven, quien nada percibe, embargada por su inocente alegría egoísta. Ninguno de los tres ha advertido que está saliendo mucho humo de una de

las sartenes puestas al fuego. Ahora el Cocinero se precipita hacia ella, va a retirarla, se quema la mano y zapatea frenético, se apodera de un paño para coger con precauciones el mango, sofocado por el humo. Carlitos, en actitud heroica, arroja un balde de agua. Naturalmente, el Cocinero resulta empapado. Vuelta al desesperado zapateo. Carlitos coge otro paño, le enjuga la cabeza, los hombros... Le desabrocha el saco, se lo tuerce. Luego lo palmea afectuoso para tranquilizarlo... y repara con brusca inquietud que la Joven ya no está con ellos. A diestra y a siniestra mira como buscándola hacia el suelo... Asomada a la puerta de calle está la joven, indiferente a todo lo que no sea ella misma, ahora tan embellecida, y obediente sólo a las ansias de ser contemplada por millones de ojos. Solo en medio de la cocina, pues el Cocinero ha ido a cambiarse de ropa, Carlitos baja la cabeza. La cámara lo toma de espaldas, para acentuar la pronunciada inclinación. Los brazos deben evidenciarse rígidos a lo largo del cuerpo, como los de un niño en la fila de una escuela; es decir, consciente de su mansedumbre ante el Destino. Ahora va elevando la cabeza. Entonces percibe que sobre la mesa hay un plato rebosante de miel. Su rostro deja descubrir, de pronto, que lo va a tomar como recurso para atraer a la Joven. Llama a ésta, que parece no oírlo. Insiste. Al fin acude la muchacha. Con el plato en la mano a

modo de un mozo de buffet, lo ofrece. Ella lo mira sorprendida. Carlitos, metiendo la punta del dedo en la miel, se lo lleva a la boca y la incita a imitarlo. Inocentemente contenta, ella entra en el juego. A las tres o cuatro veces, Carlitos acuesta el dedo para impregnarlo todo... De pronto, se queda con el dedo goteando. Interroga a la Joven. Ella no sabe lo que son caramelos. Entra el Cocinero vestido con ropa seca. Carlitos lo interroga, también. Efectivamente, los caramelos son desconocidos en Jerusalén...

38

Encasquetado un alto gorro de Cocinero, Carlitos manipula afiebrado sobre una mesa, adelgazando un largo cilindro de caramelo bajo la contemplación admirada de padre e hija. Ésta, de cuando en cuando, da unos toques de arreglo a los cabellos y al traje, con el aire más candoroso, y se asoma a la puerta de calle... Ahora Carlitos, desmesurada cuchilla en mano, secciona delicadamente el cilindro en pequeños trozos. Previamente tiene cortado mucho papel. Envuelve los caramelos. Los da a probar. Aplausos, con el consiguiente agradecimiento de él. Fatigadísimo, Carlitos se sienta, se quita el gorro, se enjuga el sudor, agradece otra vez con esfuerzo cortés, cuando

ya los otros dos han vuelto a su tranquilidad. Luego, Carlitos se llena todos los bolsillos, hasta los del chaleco, de caramelos. Repara que la Joven no está a su lado. Se halla en la puerta. Ocultando su pena, Carlitos se le acerca. Tratando de disimular con gestos desaprensivos una doliente súplica, la coge de la mano y, así, atraviesan la cocina hacia el jardín. Ya en la puerta, Carlitos se detiene, le retira la mano y, con gentileza, la hace pasar primero.

39

En el jardín, bajo la mirada de la Joven, que nada comprende, Carlitos hace unos paseítos de disimulo, siempre observando a hurtadillas la puerta de la cocina. Luego, sigiloso, se dirige al sitio donde oculta al muñeco. Con él bajo la levita, torna hacia la Joven y la invita a seguirlo.

40

En la calle. Intranquilo mira a todos lados. Tranquilizado, saca el muñeco. Lo entrega a la Joven, ahora con la mayor naturalidad; toma a la muchacha del brazo y emprende pausada marcha, revoleando muy oron-

do el bastón. Con él señala a un lado y a otro, en práctica que, inadvertidamente para los dos, es sólo monólogo. La Joven ante una racha de viento quiere arreglarse el cabello. Dificultada por el muñeco, se lo pasa a Carlitos. Éste, que lo recibe instintivamente, señala con él ya a un lado, ya a otro; hasta que, a su vez, se siente incómodo. Va a intentar devolvérselo a la Joven, cuando advierte que ella está pensando en otra cosa, que sigue a Carlitos, sí, pero arreglándose el vestido, palpándose los pendientes, mirando a todas partes. Los ojos de Carlitos se fijan hacia adelante, desolado.

41

Pequeño grupo, al que acompañan varios niños y un chivito, frente a dos hombres, uno con una muleta en la mano, el otro con un cayado. El primero explica algo, muy agitado.

LEYENDA: "*Sanó a muchos que tenían diversas enfermedades.*" (Marcos, I-34)

Se coloca la muleta bajo el brazo, encoge la pierna, da unos pasos así. Después, entrega a cualquiera la muleta. Camina primeramente con distinción; luego,

marcialmente. Ahora, la emprende con movimientos de ballet clásico. Carlitos, con el estorbo muy ostensible del muñeco, aplaude situándose en primera fila. La expresión de las variadas emociones que lo poseionan durante la escena es acentuada por el juego que hace con el caramelo que tiene en la boca.

LEYENDA: *“Entonces Él extendió los brazos hacia mí. Me dijo: ‘Deja la muleta. Y anda rectamente’.”*

El ex Cojo saca una tiza, hace largo y bien recto trazo en el suelo. Luego, va a un extremo de la línea y, a modo de equilibrista de circo, recorre, entre piniños, la raya. Al final de ella, hace el clásico saludo circense, a brazos abiertos. El grupo aplaude. El ex Cojo está lleno de contento. Del bolsillo saca una botella y bebe varios tragos sin respirar. La ofrece al compañero que, todavía más borracho, también se la empina. Y empieza, por su parte, a revelar al público lo suyo. Con las manos se cierra los ojos. Camina a tientas, guiándose por su cayado.

LEYENDA: *“Me rozó con la mano los párpados y me dijo: ‘Ábrelos y no tropieces más’.”*

Se detiene. Abre los ojos. Sale del camino y vuelve varias veces con piedras que va situando sin orden en

el suelo. Luego, el ex Ciego se pone a distancia e inicia una apresurada marcha desviándose diestramente a cada obstáculo. Al finalizar, entre los aplausos, reclama la botella, bebe, y recibe el caluroso apretón de manos de Carlitos. Muy enfático lo acepta cuando queda con los ojos fijos en el hombro de su mayor admirador, Carlitos, del que retira gentilmente un largo cabello. Sonriendo con cierta comezón ruborosa, Carlitos se lo coge y lo deposita con cuidado en plena cabeza de la Joven, manifestando con la expresión a ésta que él no se lo ha sacado. Al mismo tiempo, el ex Ciego ha reparado en el muñeco. Sus ojos van interrogantes y enternecidos de Carlitos a la Joven y de ésta a Carlitos. Carlitos lo advierte. Baja los ojos, confuso. Lleva el muñeco a la mano izquierda. Con la otra, saca el pañuelo, se enjuga el rostro. El de la botella empieza a ofrecerla a la concurrencia, reprendiendo con dulce gravedad a uno de los chiquillos, quien intenta servirse, también. Carlitos hace un gesto de repugnancia al ver que todos beben directamente de la botella. Y cuando se la extiende, rehusa señalando el corazón. Ante la insistencia, con aire aún más alarmante, se señala el hígado... Después, apresuradamente, distintos puntos del cuerpo... El ex Cojo bebe el último trago y arroja vacía la botella. El ex Ciego saca otra del bolsillo trasero del pantalón. Carlitos saluda. Repara en los niños y se propone ale-

jarlos del grupo tan poco edificante. Los obsequia con caramelos de que están llenos sus bolsillos, al tiempo que se va ensimismando crecientemente y que, a hurtadillas, lanza inquietas miradas a un bello Mozalbete. De pronto, le sigue la mirada...¡Sí, no hay duda; es sobre la Joven en quien ella se posa! El chivito recibe también su caramelo.

42

Ahora todos siguen a Carlitos, que avanza como aleccionando con gravedad y con dulzura. La joven camina a su lado, extraña a todo. De cuando en cuando, mira hacia atrás con ingenuo interés. A cada vez, Carlitos saca su pañuelo, se enjuga el rostro con sufriente expresión, sin rencor.

43

Se han sentado todos entre unas rocas, comiendo caramelos. Sobre mullido lecho de hojas, el muñeco. Uno de los niños llama la atención sobre un gusanillo que avanza por el suelo. Otro va a aplastarlo con el pie. Carlitos lo detiene, lo obliga a sentar y a escuchar. Y, con movimientos de las manos, explica la me-

tamorfosis de una mariposa: 1º, la crisálida; 2º, estremecimientos de ésta; 3º, se abre; 4º, el gusanillo; 5º, el esbozo de alas; 6º, ya las alas tendidas, pero movimientos torpes al marchar; 7º, el radiante vuelo, al fin... La joven asiste a la escena con interés superficial, que no excluye alguna expresión de asombro, por ejemplo. Pero, en el fondo, algo la mantiene profundamente abstraída. Al seguir con la vista el vuelo de la imaginaria mariposa, los ojos de Carlitos quedan fijos en un punto. La impresión debe de ser muy poderosa porque se incorpora como autómeta y, sin perder por un instante la insistencia de la mirada, recoge en un brazo al muñeco... Se adelanta unos pasos. Los chicos, y la Joven, asombrados, lo siguen; pero atentos a él, no a lo que Carlitos mira. La posición del rostro de Carlitos va indicando que lo que tan conmovidamente observa se desplaza lentamente y se le aproxima. Cuando queda mirando ya hacia su frente —los chicos y hasta el chivito sin sacarle a él los ojos—, Carlitos adelanta aún dos pasos más y se detiene bruscamente, como empujado con violencia hacia atrás. Los compañeritos que lo han seguido también se detienen. Entonces, todos miran hacia el punto que la cámara no denuncia.

LEYENDA: "*¡Dejad que los niños vengan a mí!*"
(Lucas, XVIII-16)

Carlitos se muerde los labios como bajo una abrumadora emoción admirativa. Registra nerviosamente en el bolsillo del chaleco. Y extiende hacia adelante la mano con un caramelo... El chivito, que se ha adelantado, le estorba entre las piernas hasta hacerlo trastabillar y perder el caramelo. Cuando furioso con el animalillo, recobra el equilibrio y se tranquiliza, Carlitos arrebató el caramelo a un niño que ya se dispone a comerlo, vuelve a esconder la mano, pero lo hace formando ahora pronunciado ángulo con su cuerpo. Debe de estar ya de espaldas a aquel a quien él querrá obsequiar...

44

Carlitos en su cuarto de Jerusalén. Está tratando de hacer un moderno sombrero femenino. En la mesita que tiene al lado posan algunas lindas plumas de pato. Ha fijado varias en el sombrero. Pero parecen para un piel roja. Va eliminándolas una a una. En ocasiones, como quien vacila en profundo cálculo, vuelve a poner la que recién quitó... Hay en un rincón una pila de cajas ordenadamente encimadas. Del centro de ella, una caja ha sido retirada, y yace en el suelo. Tiene el mismo ancho que las otras, pero ha sido cortada en su largo hasta más de la mitad. En el hueco de la

pila se percibe al muñeco, en una especie de cuna... Bruscamente, Carlitos interrumpe su tarea. Se lleva la mano al oído, inclinándose hacia las cajas. De puntillas se acerca. Vuelve a escuchar. Sonríe tranquilizado. Torna a su asiento. Pero en vez de seguir su trajín queda, ya no con el sombrero sino con una pluma en la mano, absorto. Comienza, como en un susurro a tararear el Preludio N° 7... Se oyen gritos de llamada. Carlitos, con zozobra, toma del suelo el trozo de caja y la ajusta a la pila, ocultando así el muñeco. Luego, afectando tranquilidad, se asoma y se pone contentísimo.

45

Al pie de la escalerilla, la Joven le hace reiteradas señas de que baje.

46

Frente al espejo. Se refleja la alegría de Carlitos, que se va disipando hasta transmutarse en la expresión de una esfinge. Aire de resolución, ahora, como el de quien decide afrontar a la adversidad. Saca muy delicadamente de un bolsillo su peine y se arregla los

cabellos, siempre frente al espejo. Luego, después de varias maniobras se asienta la galera. Ante nuevos llamados de la Joven, se asoma, le hace señas de que aguarde, y vuelve al espejo. Se contempla ahora con desesperanzada melancolía. Pero haciendo un esfuerzo, se domina. Y le retorna el optimismo. Aparece en el espejo, junto al rostro de Carlitos su mano con una pinza de cejas. Como infantil picardía, hace una breve depilación... Todavía un toque a la corbata...

47

Inicia el descenso de la escalerilla. Todo el genio de Chaplin debiera ejercerse en los pocos segundos previstos para esta escena. Sale Carlitos de su cuarto presa de su último estado de ánimo, que es el provocado por su postrera ilusión: es joven, es bello... Ya no, ya no, de ninguna manera, joven sólo para la Joven, para su relación con ella; no. Es ya ante la vida, ante el mundo que él es bello, es joven. Así de ufano, a los primeros peldaños empieza a saludar a uno y otro lado como el personaje que desciende, entre cientos de espectadores efusivos, por la escalerita de un transatlántico o de un avión. Pero enseguida empieza a sentir que eso no es la verdad. Y cuando llega al suelo, es él, sólo él, en su realidad, tan mise-

ra, frente a la Joven, tan bella... Ésta, ajena a todo, lo toma de la mano, urgiéndolo con agitación a salir a la calle. Al sentir el contacto de la dulce mano, hay en Carlitos como un resplandor de dicha. Y sigue dócilmente, falto, en su embeleso, de curiosidad.

48

Pasa por la calle gente jubilosa. Todos llevan una hoja de palma en la mano.

LEYENDA: "*Tomaron ramas de palma y salieronle a recibir...*" (Juan, XII-12)

Muy borrachos, y con aire de gran importancia, también portando sus palmas, el ex lisiado y el ex Ciego integran la muchedumbre. El ex Ciego advierte a Carlitos. Deteniéndose y haciéndole señas para la Joven, simula picarescamente la escena del cabello y, al recibir un anónimo encontronazo que lo exaspera, continúa la marcha entre protestas. Carlitos y la Joven se incorporan a uno de los grupos.

49

En el momento de recriminar a un apresurado que lo empuja, Carlitos da de bruces contra un árbol, se golpea la cabeza y, aturdido, queda abrazado a él. Sin soltarse, se va recobrando y se sorprende de hallarse así. Mira con atención de botánico el sector de corteza que tiene ante los ojos, lanza la mirada hacia arriba... Expresión de agrado. ¡Es una palmera! Trepa por el tronco. Frenético, troncha hojas en abundancia inútil y las arroja hacia abajo. Desciende. Toma exageradamente una brazada que apenas si le deja ver algo de la cara. Indica a la Joven que lo imite. Ahora, más que conmovida la expresión, se agrega a uno de los grupos siempre en marcha, tratando a toda costa de adelantarse, mientras conversa animadamente con la Joven, la cual, naturalmente, ha recogido sólo una hoja de palma...

50

Alguien, accidentado, provoca un remolino de gente. Es el ex Cojo, quien, a través de la sandalia, se ha clavado una espina en el pie y se lamenta, furioso. Es atendido por el ex Ciego, que examina con doctoral suficiencia el tobillo y la pierna, para lo

cual debe alzarle el pantalón. Carlitos interviene espectacularmente. Hace caminar, entre dolorosas gesticulaciones, al paciente, quien, sin embargo, obedece al pie de la letra. Carlitos, luego de un momento de concentración, saca su pinza de cejas. Tiende en el suelo cuan largo es al accidentado. Le extrae la espina. Luego, retrocede unos pasos, extiende los brazos y ordena:

LEYENDA: "*Levántate y anda.*"

El ex Cojo se incorpora. Y ambos hacen a los espectadores el aéreo saludo de los seres del Circo. Todos siguen la marcha.

51

Carlitos entre la multitud, el cuello estirado, los ojos fijos, tratando de adelantarse un poco sofocado por el brazal de hojas que lleva, y de las cuales va perdiendo algunas, lo advierte, pero no las puede recoger. Ahora, a cierta distancia, la cámara deja ver al Adolescente que marcha mirando de cuando en cuando hacia la Joven, candorosamente arrobado. La cámara deja apreciar que ella lo ha advertido. Algo estorbada por las palmas, se arregla el cabello, el vesti-

do. Ojo avizor, Carlitos ha descubierto la actitud de los jóvenes. Con el cuerpo, primero, trata de interceptar sus miradas. Luego lo hace con una hoja. Crecientemente angustiado, de soslayo, mira ya a uno, ya a otro, casi gemebundo. De pronto, toda inquietud se le disipa. Ha quedado frente a la alta y ancha puerta cerrada de un Templo. Empuja. Nada. Al hacer un movimiento, su codo da contra algo. Mira. Está junto a un pollino que tiene por montura una capa plegada. Se inclina como a saludar alborozado a un viejo amigo, pero se contiene bruscamente.

LEYENDA: *“Y trajeron el pollino y echaron en él sus vestidos y Él se sentó sobre él.”* (Marcos, XI-2)

Su mirada vuelve a fijarse en la puerta inmensa. A hurtadillas observa al pollino. Si se pudiese lograr un efecto eficazmente sugestivo, la cámara mostraría, ahora, la cara de Carlitos y la cabeza del asnito a fin de evidenciar idéntica expresión de paciente candor, de pasividad inocente.

Es de noche. El Cocinero abandona una habitación iluminada por candelas pendientes del techo, en donde sólo hay una mesa con trece platos y trece

sillas, y deja tras él cuidadosamente cerrada la puerta.

LEYENDA: "*Id, aparejadnos la pascua para que comamos.*" (Lucas, XXII-8)

Una puerta opuesta se entreabre sigilosa. Desde la oscuridad, con recelo y recóndita curiosidad, va apareciendo la cabeza de Carlitos. Asegurado de que no hay nadie, entra y queda ante la cabecera de la mesa en actitud de profundo recogimiento. Toca, apenas con un dedo, el plato que tiene delante. Retira la mano, como si se quemara. Después, alza el plato, lo deposita, sin embargo, exactamente en el mismo sitio, lo observa dando un paso atrás; lo hace girar un poco. Y se muestra, entonces, satisfecho de su intervención, aunque, naturalmente, todo ha sido inútil pues el plato queda igual que antes. Ya recobrado, en actitud de mozo de restaurante, anda entre las sillas repitiendo la maniobra con los otros platos, en actitud importante... Llega un murmullo de voces. Carlitos sale en puntas de pie.

En el Jardín, bajo la luna, oculto entre las plantas, Carlitos asoma la cabeza, observando con sigilo y

profundo interés. En dos o tres momentos, se le producen unos insólitos, extraños encogimientos de hombro y unas ahogadas risas igualmente nerviosas. De pronto, manteniendo la actitud inquisidora, sin mirar alza la mano, la echa atrás y troncha la ramita que le había estado haciendo cosquillas en el cuello. Luego, toma resueltamente una decisión. Se arregla el saco, se alisa el cabello, se encasqueta con esmero la galera... Y con gran dignidad ya va a dar un paso, cuando se encoge y, así, muy sigiloso, se adelanta.

54

Buscando un efecto trágicamente desgarrador, la cámara no deja ver a Carlitos más que desde los fundillos a los pies, de tan doblado que está, en ángulo recto, observando por el agujero de una cerradura. Apenas si lo evidencia muy confusa luz.

LEYENDA: “*De cierto os digo que uno de vosotros me ha de entregar.*” (Mateo, XXVI-21)

Alguna emoción, alguna profunda conmoción interior se denuncia exclusivamente por leves movimientos de sus zapatos, que es lo que enfoca la cámara. Se ve ahora, la mano de Carlitos hundirse en el bolsillo

del pantalón y retirar el pañuelo. Luego, sólo mano y pañuelo se evidencian en el movimiento de enjugarse el cuello y la cara, siempre invisibles.

LEYENDA: *“Te digo que el gallo no cantará hoy antes de que tú niegues tres veces que me conoces.”* (Lucas XXII-34)

Carlitos retrocede sin incorporarse. Acusando su emoción, siempre doblado en ángulo recto. Porque esto significa que no aguanta ser testigo de lo que está pasando pero quiere insistir. En efecto, vuelve a adelantarse y a observar.

LEYENDA: *“Y como hubieron cantado un himno, se salieron al monte.”* (Marcos, XIV-26)

Lo que vagamente se oye ahora debe ser muy fácilmente recordable, pues ha de quedar en la memoria de Carlitos y ser reconocido por el público cuando él lo repita en 55.

Silencio. Carlitos se incorpora a medias y entreabre con muchas precauciones la puerta. Introduce la cabeza. Sí. ¡Ya no hay nadie dentro!

55

Ostensible repasador al hombro, Carlitos, ahora en la cocina, a la luz de los candiles, gravemente absorbido ante la pila de trece platos. Entra el Cocinero y lo urge. Carlitos comienza a lavarlos, con veloz diligencia. Pero se va ensimismando, haciendo cada vez más lento su trajín, mientras canturrea el himno que acaba de escuchar, al mismo tiempo que va evidenciando, en alternativas bruscas, lo que él intuye de dulce, de amoroso, y de espantoso que va a ocurrir. Y de espantoso, de amoroso, de dulce que ocurrirá. No es que se asuste, pues. Es omnisciente.

56

El Cocinero le entrega, en una bandeja, varios platos servidos. Sobre sus palmas ella, entra Carlitos a un nuevo, pequeño salón también iluminado.

57

Varias mesas con clientes, entre los que hay hebreos, orientales, etíopes... En la del centro, no comen sino solamente beben cuatro tremendos romanos: tres

soldados y un oficial, los escudos en el suelo, las lanzas también, pero apoyadas éstas en los asientos, obstaculizando el paso. Cada vez que uno de los romanos alza la ronca voz, súbitamente se interrumpe el masticar de todos los comensales. Carlitos dispone los platos en las distintas mesas, tratando, cada vez, de quedar lo más apartado posible del soldado romano que le es inmediato, para lo cual debe adoptar posiciones absurdas. Los soldados reclaman más vino, deteniendo de nuevo el deglutir general. Carlitos vuelve presuroso a la cocina.

58

El Cocinero echa vino en un gran recipiente. Luego, con aire grave toma un gran vaso, lo llena de agua y lo vierte también. El vaso tiene una escala graduada. Ahora, con otro recipiente, en la actitud de un laboratorista, lo acerca a los ojos, va echando agua en él y observa el ascenso hasta que llega al nivel propuesto mientras se oyen frases airadas y ruido como de armas que caen al suelo con estrépito. El Cocinero vuelca en la jarra el contenido del vaso. Observando las maniobras de su patrón, y escuchando al mismo tiempo los terribles ruidos del comedor, al presumir lo que le puede pasar a él si el fraude

es advertido, Carlitos cierra los ojos, se enjuga la abundante transpiración. Una gran gota de sudor se le ve nacer en la frente, rodar después a lo largo de la mejilla, posarse ahora en el hombro. Al disiparse absorbida por la tela, Carlitos se estremece como si, ya fría, la gota hubiese tomado contacto con la piel. Sobreponiéndose a su inquietud, coge la jarra con el vino y torna al comedor.

59

Se inclina con gentileza ante los hercúleos romanos. Deposita en la mesa el recipiente. Al ir a incorporarse, queda helado; pues es el único en advertir que se le había desabotonado el jaquet, y que uno de los botones quedó enredado en el correaje militar de uno de los romanos. Estupefacción de los soldados al apreciar lo insólito de la persistencia de posición de Carlitos. Lo interrogan. Mientras para liberarse, maniobra disimuladamente con una mano, con la otra sirve él mismo en las copas, gesticulando, hablando frenéticamente de cualquier cosa, hasta que, al fin, por suerte consigue desprender el botón.

El oficial, entonces, se desespera pero por furor con su subalterno. Éste, nervioso, no puede librar el botón. Carlitos asiste inmóvil a la infructuosa manio-

bra. Por momentos logra sonreír al iracundo oficial, para aplacarlo. El oficial saca su gran daga. El soldado retira la mano, inclina el cuello y, con resignación, cierra los ojos. Rápidamente Carlitos se deshace de la levita y se larga. Pero el oficial lo que quiere es liberar el botón. Hace quitar al soldado no sólo la coraza sino la chaqueta militar y la camisa y la camiseta del soldado. Luego, orientándose engorrosamente entre las prendas del soldado y la levita, hace el corte liberador. Arroja al suelo todo al romano y delicadamente pone a Carlitos su levita y, ya frente a frente, se la arregla y da algún toque a la corbata. Otra vez sentado a la mesa, vuelca la gran jarra al vaso del soldado del accidente. Brinda con los otros dos...sin pensar más en Carlitos. Éste, secándose el sudor, regresa a la cocina.

60

En la cocina. Ya platos y cubiertos están bien limpios y ordenados. Carlitos barre. El Cocinero le hace alguna recomendación, lo urge y, bostezando, palmatorea en mano, se retira. Apoyado en su escoba, los ojos en el techo, va Carlitos a iniciar un canturreo cuando se interrumpe. Es que en actitud cariñosa, entra la Joven. Carlitos, por un momento, queda en

éxtasis. Después, la invita a que lo ayude a barrer. Sin advertir que la intención de Carlitos es la de retenerla aún, ella indica que se puede ensuciar el lindo vestido, toma otra palmatoria, la enciende y sale hacia su cuarto por la escalerilla interior. Al desaparecer le hace un saludo afectuoso. La trampa de la escalera baja. La cámara ahora enfoca el techo clausurado.

61

Candil en mano, Carlitos sube por la escalerilla de su dormitorio, muy lentamente. Llega un ruido. Se detiene. Mira hacia abajo. Por la calle pasa un grupo de soldados romanos cuyos escudos y lanzas brillan a la luna. Carlitos asciende velozmente y cierra con alarma la puerta tras de sí.

62

Cuelga el bastón y la galera en sendos clavos. En medio del cuarto se enjuga la frente, las mejillas, el cuello. De la pila de cajas retira la que sirve de cierre al hueco donde el muñeco está oculto. Rígido, sin inclinar la cabeza, los brazos caídos, como un soldado, lo contempla. Cierra. Sobre la mesa, entre trastos,

yace descuidadamente el sombrero femenino sin terminar. Abstraído, sus dedos juegan dulcemente con las plumas que lo adornan. De pronto se lleva un dedo a los labios. Se ha pinchado con un alfiler. Canturrea... Ahora se quita la levita, la pone cuidadosamente en una tosca percha. Ahora coge una especie de biombo también tosco y lo sitúa entre la cámara y el lecho. Se oculta con la palmatoria. Asoma la cabeza mirando al espectador y corrige la posición del biombo. Ahora van apareciendo por encima, y quedando colgados, la camisa, la corbata, los pantalones... Se apaga la luz. Del techo, sobre el espacio visible, ha descendido una línea de rayos de luna... Canta un gallo. Silencio. Vuelven a escucharse dos cantos más. Carlitos se sienta en la cama, sobresaltado. Silencio. Vuelve a apoyar la cabeza en la almohada. La cámara enfoca el rostro en penumbra. Tiene un ojo cerrado. Pero el otro abierto, da sensación de angustia. Se enjuga el rostro con la sábana. Vuelve a evidenciarse el ojo... Son muchos, ahora, los gallos que cantan. Carlitos se cubre por entero la cabeza con desesperación.

LEYENDA: *"Y levantándose toda la multitud de ellos, lleváronle a Pilatos."* (Lucas, XXIII-1)

Radiante mañana. Carlitos desciende de su cuarto. En medio de la escalera ve salir a la Joven hacia la calle. Baja. Corre hasta alcanzarla, y juntos se incorporan conmovidos a un grupo que marcha apresuradamente hasta confundirse en una multitud. Todos atienden a algo que está sucediendo al frente. Los ojos de Carlitos parecen de vidrio. La mano de un viejecito de larga barba en punta y aspecto más que inocente le empieza a palpar sigilosamente los bolsillos. Carlitos lo advierte pero sin que se le modifique un músculo del rostro, sin que se le produzca un pestañeo. La mano ladrona se introduce en un bolsillo vacío. Leve y fugaz sonrisa de Carlitos. Cuando la mano penetra en el bolsillo del pantalón, Carlitos, sin mirar, hace como que va a sacar el pañuelo y agarra la mano del viejo quien, para no denunciarse, no hace resistencia. Carlitos intenta llevarse la mano a la nariz, pero entonces el viejo da un tirón y queda inmóvil. Carlitos mira el suelo, simulando asombro mete de nuevo la mano en el bolsillo, retira el pañuelo, se suena delicadamente... Vuelve a su ansiosa expectación.

LEYENDA: “*¿Pues qué mal ha hecho?*” (Mateo, XXVII-23)

La multitud se enardece. En absoluto desacuerdo con ella, Carlitos aplaude. Se dan codazos a diestra y siniestra. Carlitos protesta. Vuelve la general expectativa. Cuando se evidencia honda contrariedad en Carlitos, hay vivísima satisfacción en el público, y viceversa. Otro ladrón se le ha acercado. Esta vez Carlitos no advierte que le saca muy delicadamente el pañuelo. En eso, el ladrón siente ganas de estornudar. Va a llevarse el pañuelo a la nariz pero al advertir lo delator del movimiento que ha hecho deja caer el pañuelo al suelo como si fuese una brasa, y, después de varios incontenibles amagos, estornuda al aire. Crece el desacuerdo entre el público y Carlitos. Ahora, no sólo hay codazos sino improperios que lo obligan a ir retrocediendo, cogido a la mano de la Joven, hasta quedar a distancia de la multitud. De los bolsillos del chaleco saca caramelos y los come nerviosamente, la expresión angustiosa, sin invitar a la joven. De pronto percibe al Mozalbete que, también angustiado, tiene los ojos fijos en la Joven. Carlitos la observa a hurtadillas. Ella tiene la asimismo doliente mirada en el desconocido. La agitación de Carlitos se traduce en el continuo llevar de caramelos a la boca. Sus papeles van formando un pequeño montón en el suelo. Ahora grandes muestras de aprobación en el público que empieza a dispersarse.

LEYENDA: “...tomando agua lavó sus manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo.” (Mateo, XXVII-24)

Abatido, Carlitos coge a la Joven de la mano y también inicia el regreso. La cámara, ahora, toma sucesivamente dos sectores del espacio ya vacío. En uno, se advierte el pequeño charco de agua recién vertida; en otro, papeles de caramelos.

64

Trémulo, de la mano de la Joven, por una calleja muy estrecha, Carlitos marcha entre una multitud. En ocasiones se detienen todos, ostensible y bruscamente. Luego, vuelven a seguir... Ahora llegan al parecer a un espacio libre, porque la muchedumbre se abre y se ensancha como rodeando algo, mientras Carlitos y la Joven, que avanzan todavía un trecho, quedan aparte, entre unas rocas. Reiteradamente Carlitos ha estado enjugándose el sudor. Se escuchan golpes de martillos sobre maderos. Carlitos y la Joven se llevan las manos a los oídos y tratan de alejarse, mientras la multitud expresa júbilo. Bruscamente, el cielo se oscurece y es cruzado por vívidos relámpagos. Lejanos truenos se aproximan. Co-

mienza a llover a cántaros. La gente huye. Estalla un trueno tremendo que lleva al colmo el espanto general. Carlitos aplaude alzando los brazos al cielo. Se le vuela la galera sin que lo advierta. El rostro le chorrea agua. Otro trueno. Nuevos aplausos de Carlitos, mirando hacia lo alto. Le cae un rayo casi a los pies. Carlitos huye con la joven. Divisa su galera. La recoge sin detenerse... En el hueco de una roca está el Mozalbete librándose de la lluvia. Hace señas. La Joven corre hacia allí. La inercia no permite detenerse en seguida a Carlitos. Cuando lo consigue, va a dar vueltas, entre los truenos, y un león le lanza casi encima un rugido, mientras la tierra empieza a temblar lo que lo obliga, penosamente, con movimientos de desesperado equilibrista de circo, a defender su estabilidad.

LEYENDA: "...y la tierra se movió y las piedras se hendieron." (Mateo, XXVII-51)

Brotan emanaciones del suelo resquebrajado. Una explosión derriba a Carlitos. Desaparece entre el humo y el volar de guijarros.

65

Bocinazos de auto. Música de un organillo. Voces humanas. En la esquina de la ciudad actual, como saliendo a medias de un sueño, las pupilas dilatadas, Carlitos. Muy lentamente, se arregla ahora la levita, la corbata. Se acomoda la galera. Con cierta resolución empuña el bastón, lo revolea, va a dar un paso y vuelve a la actitud de sentirse extraño a cuanto lo rodea... Se decide. Comienza a caminar lentamente por la acera, casi rozando un muro desoladoramente sin fin y sin abertura alguna. Del otro lado, que la cámara no muestra, de la calle, en diagonal, algún transeúnte viene y sigue su marcha delante de Carlitos o se aleja a sus espaldas. Pero es insistente siempre la imagen de Carlitos y del muro sin entradas y sin visible término.

66

Ahora hay una esquina que da a ancha calle de gran tránsito. Sin saber bien qué hacer, Carlitos dobla la esquina y se detiene como un resorte; al punto de tener que sujetar con ambas manos la galera. Y queda en actitud de acecho, insensible a la gente que le pasa al lado. De un portal ha salido una muchacha vestida

con un traje semejante al que hizo a la Joven, y hasta con idéntico lazo a la cintura. En el cordón de la acaera ella aguarda el pasaje de algún taxi. Como atiende en dirección contraria a Carlitos, éste, que se enjuga la frente, las mejillas, el cuello, no consigue verle la cara, por más que se desplace con ese evidente objeto. Alarga el brazo, dispone su pulgar ya horizontal ya verticalmente, pero no como antes, con suficiencia, sino en débiles movimientos, como quejumbrosamente... Se detiene un taxi. La joven desaparece en él. Carlitos, entonces, se abalanza. Pero el coche se pone en marcha. Carlitos sigue la carrera, queda detrás del coche, alcanza a ir corriendo junto a la rueda trasera, en su afán de ver el rostro de la muchacha. Pero ambas velocidades son exactamente iguales. Carlitos estira el cuello, angustiado, dando la misma sensación del perro cuando ladra sin que el amo sepa a qué o por qué. En un cruce de calles el taxi dobla. Carlitos, en desesperados esfuerzos, lucha inútilmente contra el impulso que insiste en hacerlo correr en línea recta. Consigue detenerse. Vuelve atrás. Al llegar a la esquina, ve que de allí divergen tres calles solitarias. Y que, exactamente a la misma distancia, por cada una de ellas, se alejan autos exactamente iguales. Carlitos se enjuga la frente, las mejillas, el cuello... Guarda el pañuelo. Vuelve a sacarlo y a enjugarse otra vez el sudor.

Entra como sonámbulo en la gran avenida donde, plantado sobre alta tarima un majestuoso policía dirige el afiebrado tránsito. Carlitos, sin reparar en nada, con el mismo paso más que lento atraviesa la calle. No es él quien esquiva los coches sino éstos los que deben desviarse. Al punto de que se produce una tremenda interrupción del tráfico, en medio de la algarabía gesticulante de los conductores hacia Carlitos, quien sigue absorbido en su sensación de extrañamiento. El policía toca desesperadamente llamada con su silbato. Desciende y lo sujeta. Acuden dos gigantes guardianes más. Lo cogen cada cual de un brazo entre airadas inútiles protestas de Carlitos. Al tomar por la calleja solitaria que acababa de dejar, Carlitos evidencia en la actitud que ha resuelto adoptar una resistencia aún más enérgica. Sus labios se crispan, sus cejas se fruncen, sus ojos llamean... Pero, de pronto, el rostro se le transfigura.

LEYENDA: “*Y se lo llevaron a un lugar...*” (Marcos, XV-26)

En el momento de tomar impulso para arrancarse de los brazos policiales, se ablanda totalmente, al punto de que los guardias, alarmados, deben sostenerlo en

todo su peso. Su expresión, ahora es la de un iluminado. Es preciso llevarlo casi a rastras hasta la Comisaría, en medio de la inquietud de los policías, que no se explican qué le pasa. Uno de ellos, mientras marchan, le da aire con el casco. Carlitos le tiende una vaga mirada agradecida.

68

El Comisario (semejante al antiguo Trompifay) cómodamente sentado ante su escritorio, habla embelesado por teléfono. Con su novia, sin duda, por lo meloso de las sonrisas, por sus expresiones como de brusco rubor... La interrupción lo fastidia. Cubriendo el teléfono con la mano, interroga. Al enterarse del motivo de la detención, golpea furioso sobre el escritorio. A cada estallido de cólera cambia fugazmente la expresión del rostro y se justifica con forzada amabilidad ante el teléfono. Luego hace imperiosas señas de que se retiren. Asustados, los policías huyen abandonando a Carlitos. El Comisario se embelesa de nuevo en el deliquio telefónico. Carlitos, con los brazos bastante separados del cuerpo como ha permanecido durante toda la escena, se adelanta pretendiendo dirigir cortésmente la palabra al Comisario; pero éste, con asustante gesto, lo contiene y

continúa la amorosa charla. Carlitos se mira los brazos, advierte su tensión y, como con cólera consigo mismo, los baja. Se dirige a la puerta de calle. Los primeros pasos, con resolución; después cada vez más lentos. Al llegar al umbral, se detiene. Retrocede. Azorado, toma por un estrecho corredor con calabozos a ambos lados. Se para. Empuja infructuosamente una puerta. Golpea. Desde el interior alguien responde furioso. Empuja otra puerta. Otro clamor indignado. Ahora se adelanta en puntas de pie, presionando con cautela las puertas siguientes. Una de ellas cede. Carlitos se introduce en el calabozo. Enciende la luz. Por falta de llave, no consigue cerrar la puerta, que se entreabre a cada intento. Se sienta en el suelo. Deposita cuidadosamente la galera a su lado. Acodado en las rodillas, la cara entre las manos, la mirada hacia lo alto, queda como en un místico delirio...

69

Con fuerte ruido de su llavero, gigantesco Carcelero anda inquiriendo por el corredor la causa del alboroto. Al ver luz en el calabozo de Carlitos, se asoma y se indigna. Carlitos, los brazos bastante entreabiertos, quiere mantener su trascendental ensueño. Pero el Carcelero lo toma por el cuello del jaquet, lo alza

insensible a la rápida reacción furiosa de Carlitos, y lo planta en el corredor. Carlitos mantiene aún su actitud airada, y hace como intentos de invitar a discutir el asunto a quien le ha dado la espalda y se aleja majestuoso hacia el interior... Luego, abrumado, se pone en marcha hacia la salida. En el umbral se enjuga la frente, el rostro, el cuello con el pañuelo. Luego, en un muy débil impulso de resolución, se arregla la corbata, el jaquet, la galera; con energía que en seguida decrece revolea el bastón. Lo cuelga al brazo. Sale cabizbajo.

70

A pocos pasos se detiene ante la vidriera de una confitería. Entra. Disimulando apenas su amargura, extrema la cortesía con la joven vendedora. Pide un paquete de caramelos. Saca su vieja billetera y la vuelve a guardar sin abrirla. Sonriendo sostenidamente a la joven registra nerviosamente en los bolsillos hasta que encuentra un arrugado billete. Se descubre, saluda con grave pero gentil inclinación de cabeza. Al llegar a la puerta saca un caramelo, lo contempla con melancolía, lo desenvuelve... Y así, con él en la mano, sale.

71

Va por la conocida calleja de la granja. Es noche plena. Hay luna intensa. Masticando un caramelo, empuja el portal. Se advierte luz por las rendijas de la casa del Patrón. Se orienta hacia su covacha. Sube lentamente la escalerilla, enjugándose el sudor.

72

Enciende un fósforo. Al ponerlo en contacto con el pabilo de la vela pegada en la pala, hace el leve giro de quien mueve la llave de luz. Mira a todos lados como si llegase de otro mundo. De sendos clavos cuelga con desgano galera y bastón. Repara en la pila de cajas situadas en un rincón en forma parecida a la de la otra pieza conocida. Va a inclinarse para retirar del centro del montón una de ellas; pero se contiene y se incorpora. Saca del bolsillo una colilla, la enciende. Mansamente su mirada se orienta hacia lo alto. La cámara enfoca de lleno el techo. Es de trozos de distintas maderas y latas, entristecedor por su modestia. Hay telarañas. La cámara vuelve a tomar la cara de Carlitos. Es más allá de todo eso que él mira. Se sienta en la cama. Contempla la almohada... Se incorpora y va hacia la ventanita para abrirla y acodarse

allí. A la luz de la luna se percibe la planicie, absolutamente desnuda, que da a la parte de atrás de la casa. La línea del horizonte debe ser muy pronunciada. Carlitos se yergue; luego se va poniendo en puntas de pie. El horizonte retrocede un poco, pero sin mostrar nada. La cámara toma sólo los pies de Carlitos, que se extreman angustiosamente en estirarse con alternativas causadas por el esfuerzo. El horizonte, avanza y retrocede, ostensiblemente, siguiendo el difícil equilibrio de los pies; pero no mostrando más que la planicie siempre vacía. Abandona la ventana. Saca un caramelo del bolsillo y lo guarda en seguida casi como un autómatas, pues sus ojos han quedado fijos en el montón de las herramientas. Se mantiene rígido un momento. Luego, se precipita, toma del suelo un martillo, escoge el más largo clavo y ya va a trepar por la escalera cuando retrocede y coge de la mesilla un cabo de vela. Ahora, sí, sube. Con la cabeza levanta la puerta que da al techo.

73

Sobre el techo. Con el cabo de vela dibuja en el suelo una recta que es doblada un poco en ambas puntas. Se incorpora. El pulgar ya vertical ya horizontal ante los ojos, la observa. Borra con el pañuelo algún sector

de la línea, rectifica. Empuña ahora martillo y clavo y comienza a hacer agujeros siguiendo el trazo. Con aire importante se introduce otra vez en el cuarto, baja lentamente la puerta apoyándola en la cabeza.

74

Deja los bártulos. Cierra la ventanita. Su rostro se va poniendo extático... Sopla la vela. En la oscuridad surgen desde el techo rayos luminosos en línea levemente doblada en los extremos. Y Carlitos imita una ejecución de arpa con todas las vehemencias, los arrobos, la aplicación a los pasajes difíciles y de nuevo la entrega apasionada de un virtuoso consumado, ejecución a la que pone punto final el canto de un gallo tres veces repetido. El último se escucha cuando ya la imagen de Carlitos y de la habitación han desaparecido.

FIN

EPÍLOGO

SOBRE CHAPLÍN

En ella yo he querido que desde la escena inicial hasta la última, se ejerza el carácter de Chaplín permanentemente, al punto de que, interpretada por otro actor, la película no tendría sentido. He tratado asimismo de ofrecer constantemente la oportunidad de que sus facultades estén siempre en ejercicio, ya en ese excepcional juego expresivo del rostro, como en el de los pies o las manos. (Mariposa)

Y he buscado obtener hondos acentos trágicos sin que por eso se desvirtúe la esencia característica, manteniendo, creo, con éxito, el difícil equilibrio y envolviéndolo todo en ese candor tan puro que es como la caricia que Carlitos ha traído al mundo.

Esa alta ambición que nace, no del orgullo y del exceso de estimación personal, sino del tierno amor, y que está siempre en contradicción con las propias fuerzas, ese quijotismo civil que es lo esencial de

Chaplin, esa a la vez trágica y cómica transacción con la realidad cuyos claros él aprovecha con picardía y realizada a la sombra de su angélico candor, está también aquí. Si él desea hallarse en Jerusalén en la época de Jesús es porque está pidiendo grandes acontecimientos en donde medirse. Colocado allí por el sortilegio del “Dueño de todos los Poderes”, se achica ante las poderosas circunstancias. Pero, más tarde, basta que se sienta arrastrado por los dos grandes soldados para que la realidad se transfigure y el ensueño intente su realización.

Ese empecinamiento de lo menguado, esa intrepidez de lo débil y esa impotencia jamás confesada, ¿qué es en el fondo, sino la imagen de la humanidad misma?

Lo que da un matiz particular a la gesta chaplinesca es la picardía; la irrespetuosidad de la calle, la ausencia de toda religiosidad dogmática. Hasta cuando acude a un templo para casarse con una linda muchacha, se advierte esto. Aquello le produce a la vez gracia y rubor. Es aquí cuando precisamente deja de ser pícaro, que tiene la conciencia de estar haciendo una picardía. Todo para él es más fuerte que él, pero de su misma naturaleza. Su debilidad y su ingenuidad le

acrecienta el poder; mas un instinto sutil que no le abandona nunca, le advierte que ellos también son pequeños e hijos de la soledad y de la muerte. Y, al menor descuido, procede en consecuencia.

F.E.

Formulario de inscripción de libros de

Categoría	Cantidad
Libros de texto	100
Libros de consulta	50
Libros de trabajo	20
Libros de referencia	10
Libros de otros	5



133 NAC

Se radicó en Montevideo donde vivió como profesor universitario y carismático conferencista. Su pasión por los clásicos griegos, por el Quijote, por Shakespeare y por Acevedo Díaz ha quedado en la memoria de quienes tuvieron el privilegio de escucharlo. Tuvo además otras devociones menos librescas: Artigas, Jesucristo y los dos Carlitos, Gardel y Chaplín. Paco –así lo llamaron- se fue convirtiendo poco a poco en una leyenda. Murió, casi simbólicamente, el 27 de junio de 1973, la víspera del golpe de estado. Había dejado inédito todavía su *Don Juan, el zorro*, una pieza mítica en el contexto de su obra y a la que había dedicado muchos años de escritura y reflexión. Se publicó póstumamente doce años después de su muerte. Hoy, Paco Espínola es uno de los pocos escritores uruguayos clásicos todavía vivos en el favor del público.

GUILLERMO FERNÁNDEZ, a quien pertenecen las ilustraciones de este volumen, se formó en el Taller Torres García y tiene una destacada trayectoria de artista plástico que incluye entre otros reconocimientos el Premio Figari. Ha hecho varios retratos de Espínola y supo ilustrar *Saltoncito*, en unas memorables tintas donde junto al pequeño sapo del cuento infantil aparecía el propio Paco.



50 años
Chaplin

Francisco Espínola escribió este guión de cine para Charles Chaplin. En la película imaginada por Paco, Carlitos va a Jerusalén en los últimos días de la vida de Jesús. El resultado es una deliciosa historia plena de humor y de ternura, que se lee como sus mejores relatos y crea en la mente de los lectores una de las mejores películas que pudo hacer Chaplin. En unos breves papelitos que aquí se incluyen como epílogo, Paco opina que "esa alta ambición que nace, no del orgullo sino del tierno amor, y que está siempre en contradicción con las propias fuerzas, ese quijotismo civil que es lo esencial de Chaplin, esa a la vez trágica y cómica transacción con la realidad cuyos claros él aprovecha con picardía, está también aquí".

ISBN 9974-54-041-1



9789974154041